

Los afanes de Sherezade

Mil y una miradas, mil y un par de oídos expectantes, mil y un sueños que desfilan en vigilia, mil y una horas de cuestionamiento y elecciones, mil y una horas de escritura, otras mil y una más de corrección.

Porque —no me cabe duda— el escritor es una y otra vez la Sherezade aquélla, la hija del visir que enfrenta cada noche a Scheriar, el sultán insaciable, que amenaza con victimar a la mujer —nocturna acompañante— que no esté a la altura de su voracidad narrativa.

Sherezade inventa y se reinventa, hace acopio de todas las historias que ha escuchado y entreteje, aguda en su lucidez, a personajes extraordinarios que surgen en su imaginación y se recrean en su voz. En la voz que es capaz de sorprender como el genio de Aladino, de emocionar como el mar de la aventura de Simbad, y hacer volar en mágicas alfombras.

Sherezade no sólo logra salvar la vida con la magia y la precisión de sus historias, además se convierte en favorita, la más amada, la imprescindible.

Así el proceso narrativo, así los afanes del que quiere contar “que todo lo bien contado acontece alguna vez...”

Así, el cuento como un abrevadero que reta de manera constante para fluir, para correr sin tropiezos, para atrapar y finalmente, de alguna manera, para enamorar.

Las mil y una horas, el libro de Bertha Balestra, reúne quince cuentos de diverso calibre, que acata momentos distintos de creación. La temática del libro en su conjunto es variada.

Reconozco, por ejemplo, ejercicios que he compartido con Bertha en nuestros talleres de creación literaria que obedecen a un desafío; una imagen

previa que habría que desarrollar desde el particular punto de vista de cada escritor, como es el caso del cuento “El paquete” —incluido en esta entrega— en donde el reto era explicar cómo es que pueden llegar los zapatos unidos por las agujetas a un cable de luz.

Los zapatos suspendidos en el cable de luz es una estampa urbana que se nos presenta cotidianamente y que puede pasar inadvertida, pero puede también ser el pretexto de una historia, el punto de partida para un poema (yo así lo resolví), el objeto del deseo o móvil del crimen.

¡Quién lo creería!, así trabaja la mente del escritor.

Advierto también en *Las mil y una horas*, la necesidad de experimentar con las estructuras del texto, desde la narración escueta, hasta el complejo juego con personajes, tiempos y voces narrativas.

La evidente obsesión por las referencias literarias permea en los textos de Bertha Balestra, Diosdado como Comala y los libros, los clásicos de la literatura, vueltos personaje con presencia y movimiento.

A pesar del diverso calibre de los cuentos reunidos en *Las mil y una horas*, hay una constante, una temática que se acendra y prevalece; el erotismo femenino, el regodeo en el ejercicio de una sexualidad sin atavismos donde, como Helena —personaje principal del cuento que da nombre al libro— apunta: “el deseo es superior al miedo o a la cordura.”

Las mujeres de *Las mil y una horas* son rendidas por el deseo, asaeteadas por la soledad, obligadas a mirarse a sí mismas y reconocerse en su realidad, pero admiten el gozo erótico como eje vital y trascendente.

Esta obra permite asomarnos a varios mundos: el femenino, desde distintas perspectivas; el infantil y marginal; el del Popocatépetl como personaje poderoso; el de los viajes y las emociones, la crueldad exacerbada y la violencia, o el acercamiento a universos de ficción.

La reunión de cuentos de Bertha Balestra es la muestra de un ejercicio permanente de búsqueda y aventura en el oficio de escribir, es resultado de un trabajo sistemático y no por ello menos apasionado de una pluma que se afina y multiplica sus frutos.**LC**



Bertha Balestra, *Las mil y una horas*, Toluca, UAEM, 2009, 106 pp.